

El hermano y la hermana

Hemos dicho que Gilberto veía y oía.

Veía á Andrea tendida sobre su sillón, con la cara vuelta hacia la puerta vidriera, es decir, enteramente enfrente de él. Aquella puerta estaba algo entreabierta.

Una pequeña lámpara con ancha pantalla colocada sobre una mesa inmediata cargada de libros que indicaban la única distracción á que podía entregarse la bella enferma, iluminaba solamente la parte inferior del rostro de la señorita de Taverney.

Sin embargo, algunas veces, cuando se volvía, apoyaba la cabeza contra el respaldo de su sillón, la claridad iluminaba también su frente tan blanca y tan pura bajo el encaje.

Felipe, sentado sobre el mismo pie del sillón, estaba de espaldas á Gilberto; su brazo estaba entablillado, y se le había prohibido todo movimiento.

Aquella era la primera vez que se había levantado Andrea y la primera también que salía Felipe.

Por consiguiente, los dos jóvenes no se habían visto desde la terrible noche; si bien cada uno de ellos había sabido que el otro iba cada vez mejor y se acercaba á su convalecencia.

Ambos, reunidos hacía apenas algunos minutos, hablaban libremente, porque sabían que estaban solos, y que si alguno llegaba, serían advertidos de su llegada

por el ruido de la campanilla colocada en aquella puerta que Nicole había dejado abierta.

Pero ignoraban, como era natural, que la puerta había quedado abierta, y por eso contaban con el aviso de la campanilla.

Así, Gilberto veía y oía, como hemos dicho, porque por aquella puerta abierta podía coger todas las palabras de la conversación.

— ¡ De suerte que, decía Felipe en el momento en que Gilberto se instalaba detrás de una cortina flotante á la puerta de un gabinete de tocador, tú respiras con más libertad, pobre hermana ?

— Sí, con más libertad, pero con un ligero dolor.

— ¡ Y las fuerzas ?

— Aun no las he recobrado; sin embargo, hoy he podido ir dos ó tres veces hasta la ventana. ¡ Qué bueno es el aire ! ¡ qué hermosas las flores ! Me parece que con el aire y las flores no se puede uno morir.

— Pero con todo eso, te sientes aun muy débil, ¿ no es verdad, Andrea ?

— ¡ Oh ! sí, porque la sacudida ha sido terrible ! Así, te lo repito, añadió la joven sonriendo y sacudiendo la cabeza, ando con muchísima dificultad apoyándome en los muebles y las paredes; sin apoyo, me flaquean las piernas y siempre me parece que voy á caer.

— ¡ Vamos, vamos ! ¡ ánimo, Andrea ! Con ese aire puro y las hermosas flores de que acabas de hablarme, te restablecerás muy pronto : dentro de ocho días estarás en estado de visitar á la Delfina que, según me han dicho, se informa de tu salud con tanta benevolencia.

— Sí, así lo espero, Felipe; porque, en efecto, la señora Delfina me dispensa muchas bondades.

Y Andrea, reclinando su cabeza contra el respaldo

del sillón, apoyaba su mano sobre el pecho y cerraba sus hermosos ojos.

Gilberto dió un paso adelante con los brazos extendidos.

— ¿Sufres, hermana mía? preguntó Felipe cogiéndola la mano.

— Sí, tengo espasmos, y á veces se me agolpa la sangre á las sienes; otras tengo también vahidos, y se me oprime el corazón.

— ¡Oh! dijo Felipe pensativo; no es extraño, ¡has sufrido una prueba tan terrible, y te has salvado milagrosamente!

— Así es, hermano mío, me he salvado tan milagrosamente.

— Pero, á propósito de tu salvación milagrosa, Andrea, continuó Felipe acercándose á su hermana para dar más importancia á la cuestión, ¿sabes que no he podido hablar contigo sobre esa catástrofe?

Andrea se sonrió y pareció experimentar un malestar visible.

Felipe no notó ó no pareció notar aquel rubor.

— Creía sin embargo, dijo la joven, que mi vuelta había sido acompañada de todas las explicaciones que podías desear; mi padre me ha dicho que había quedado muy satisfecho.

— Sin duda, querida Andrea; y ese hombre se ha conducido con una delicadeza extremada en toda esa ocurrencia; á lo menos, tal es mi opinión. Sin embargo, muchos puntos de su relación me han parecido, no diré sospechosos, pero sí oscuros.

— ¿Cómo así? ¿qué es lo que quieres decir, hermano mío? preguntó Andrea con un candor enteramente virginal.

— Sí, me han parecido oscuros.

— Explicate.

— Por ejemplo, prosiguió Felipe, hay un punto en el que al principio no hice alto, y que después me ha parecido muy extraño.

— ¿Qué punto? preguntó Andrea.

— La manera misma de salvarte, dijo Felipe. Cuéntame eso, Andrea.

La joven pareció hacer un esfuerzo sobre sí.

— ¡Oh! Felipe, he tenido tanto miedo, que casi no me acuerdo ya.

— No importa, mi querida Andrea, cuéntame todo lo que recuerdas.

— ¡Dios mío! ya sabes que fuimos separados como á unos veinte pasos del Guarda-Muebles. Te vi arrastrado hacia el jardín de las Tullerías, mientras que á mi me arrastraban hacia la calle Real. Aun pude distinguírte un instante haciendo inútiles esfuerzos por juntarte á mí. Te alargaba los brazos, gritando: ¡Felipe! ¡Felipe! cuando de súbito me vi envuelta como en un remolino, levantada en el aire y llevada hacia aquellas rejas; sentía la oleada que me arrastraba hacia la muralla adonde iba á romperse; oía los gritos de los que se estrellaban contra las rejas; comprendía que iba á llegarme la vez de ser despedazada, aniquilada; casi podía contar el número de segundos que me quedaban de vida, cuando, medio muerta, medio loca, levantando los brazos y los ojos al cielo, en mi última oración, vi brillar la mirada de un hombre que dominaba todo aquel gentío, como si éste le obedeciese.

— Y aquel hombre era el conde José Bálsamo, ¿no es verdad?

— Sí, el mismo que yo había visto ya en Taverney, el mismo que tan extraño terror me había causado ya; ese hombre en fin, que parece ocultar en sí alguna cosa sobrenatural: ese que ha fascinado mis ojos con

los suyos, mis oídos con su voz; ese hombre que ha estremecido todo mi ser con el simple contacto de su mano sobre mi hombro.

— Continúa, continúa, dijo Felipe con semblante y voz sombríos.

— Y bien: se presentó á mi vista ese hombre cerniéndose sobre aquella catástrofe, como si los dolores humanos no pudiesen alcanzarle. Leí en sus ojos que quería y que podía salvarme; entonces pasó en mí y al rededor mío alguna cosa extraordinaria; aunque desfallecida, impotente, enteramente muerta como estaba ya, me sentí levantada en el aire delante de ese hombre, como si alguna fuerza desconocida, misteriosa, invencible, me arrebatase hasta él; sentía como unos brazos que se tendían fuertemente para lanzarme fuera de aquella sima de carne humana en que tantos desventurados se debatían con la muerte, y para volverme la respiración y la vida. ¡Oh! mira, Felipe, añadió Andrea con una especie de exaltación, estoy segura de que era la mirada de aquel hombre la que así me atraía... ¡Alcancé su mano, y me calmé!

— ¡Ay! murmuró Gilberto; no ha visto más que á él; ¡y á mí, á mí que moría á sus pies, no me ha visto!

Y diciendo esto enjugó su frente bañada de sudor.

— ¡Y es así como ha pasado? preguntó Felipe.

— Sí, hasta el momento en que me sentí fuera de peligro; entonces, sea que toda mi vida se hubiese reconcentrado en el último esfuerzo que había hecho, ó que efectivamente fuese superior á mis fuerzas el terror que había sentido, me desmayé.

— ¿Y á qué hora crees que te desmayaste?

— Diez minutos después que me separé de ti, hermano mío.

— Esto es, prosiguió Felipe, eran sobre las doce de

la noche. Entonces, ¿cómo no has vuelto hasta las tres? Perdóname este interrogatorio que tal vez te parecerá ridículo, y que tengo mis razones para hacerélo.

— ¡Gracias, Felipe! dijo Andrea estrechando la mano de su hermano, ¡gracias! Hace tres días no hubiera tenido fuerzas para responderte; pero hoy, va á parecerme extraño lo que te digo, mi vista interior es más fuerte; me parece que una voluntad que subyuga la mía me manda que recuerde, y lo recuerdo todo.

— Entonces, dímelo, dímelo, querida Andrea, porque estoy impaciente por saberlo. ¿Conque ese hombre te llevó en sus brazos?

— ¡En sus brazos?... repitió Andrea ruborizándose. No me acuerdo bien. Lo único que sé es que me sacó de entre el gentío; pero el tacto de su mano me causó el mismo efecto que en Taverney, y apenas me tocó, me sentí desmayada de nuevo, ó más bien adormecida, porque el desmayo tiene preludios dolorosos, y entonces solo sentí las benéficas impresiones del sueño.

— En verdad, Andrea, que me parece tan extraño todo lo que me estás diciendo, que si otro me contase semejantes cosas no creería nada. Pero no importa, acaba, continuó Felipe con voz más alterada de lo que él quería.

En cuanto á Gilberto, devoraba todas las palabras de Andrea, él que sabía que hasta entonces, á lo menos, todo cuanto había dicho era cierto.

— Recobré el conocimiento, continuó Andrea, y me desperté en un salón ricamente amueblado, con una doncella y una señora á mi lado que no parecían nada inquietas, porque al despertarme me hallé con unas caras benévolamente risueñas.

— ¿Sabes qué hora era, Andrea?

— Las doce y media en punto.

— ¡ Oh ! exclamó el joven respirando libremente. Está en... continúa, Andrea, continúa.

— Di gracias á aquellas mujeres por los cuidados que me prodigaban ; pero, como sabía la inquietud en que tú estarías, las supliqué que me condujesen á mi casa al instante. Entonces me dijeron que el conde había vuelto al teatro de la catástrofe para dar nuevos socorros á los heridos, pero que iba á volver con un coche y que me conduciría él mismo á mi casa. En efecto, á eso de las dos oí el ruido de un coche en la calle, luego me acometió un estremecimiento semejante á los que había sentido ya al aproximarse aquel hombre ; caí vacilante, aturdida sobre un sofá ; abrióse la puerta ; en medio de mi aturdimiento pude reconocer aun al que me había salvado, luego volví á perder el conocimiento.

Entonces fué sin duda cuando me habrán bajado, metido en el coche y traído aquí. He aquí todo lo que recuerdo, hermano mío.

Felipe calculó el tiempo, y vió que su hermana había debido ser conducida directamente desde la calle de las Caballerizas del Louvre hasta la de Coq-Herón, como lo había sido desde la plaza de Luis XV hasta la de las Caballerizas del Louvre ; y estrechándole cordialmente la mano, le dijo con un tono libre y gozoso :

— ¡ Gracias, querida hermana, gracias ! Todos esos cálculos están acordes con el mío. Me presentaré en casa de la marquesa de Savigny para darle gracias yo mismo. Ahora, una sola palabra de un interés secundario.

— Di lo que quieres.

— ¿ Recuerdas haber visto en medio de la catástrofe alguna figura conocida ?

— ¿ Yo ? no

— ¿ La del pequeño Gilberto, por ejemplo ?

— En efecto, dijo Andrea esforzándose en refrescar su memoria. Si, en el momento de separarnos estaba á diez pasos de mí.

— ¡ Me ha visto ! murmuró Gilberto.

— Te lo pregunto, porque cuando andaba yo buscándote, he hallado á ese pobre muchacho.

— ¿ Entre los muertos ? preguntó Andrea con ese tono bien acentuado del interés que tienen los grandes por su subalterno.

— No, solamente estaba herido ; le han salvado, y espero que vivirá.

— ¡ Oh ! me alegro, dijo Andrea : ¿ y qué tenía ?

— El pecho magullado.

— ¡ Sí, sí, contra el tuyo, Andrea ! murmuró Gilberto.

— Pero, continuó Felipe, lo que es extraño y que me hace hablarte de ese muchacho, es que hallé en su mano crispada por el dolor un pedazo de tu vestido.

— ¡ Calla ! ¡ efectivamente que es extraño !

— ¿ No le has visto en el último momento ?

— En el último momento he visto, Felipe, tantas caras espantosas en que estaba pintado el terror, el sufrimiento, el egoísmo, el amor, la compasión, la codicia, el enismo, que me parece haber habitado un año en el infierno ; entre todas aquellas caras, que me han hecho el efecto de una revista pasada por mí á los condenados, bien puede suceder que haya visto la de ese buen muchachuelo, pero no me acuerdo.

— Sin embargo, ¡ aquel pedazo de tela arrancado de tu vestido ! porque era sin duda de tu vestido, puesto que lo he comprobado con Nicole.

Al nombrar á Nicole : ¿ Por qué la interrogabais ? preguntó Andrea, porque recordaba la singular expli-

cación que había tenido en Taverney con su doncella respecto de Gilberto.

— ¡Oh! no. En fin, el pedazo de tela estaba en su mano, ¿cómo explicas eso?

— ¡Dios mío! ¡nada más fácil! respondió Andrea con una tranquilidad que formaba un contraste indecible con los fuertes latidos del corazón de Gilberto. Si estaba cerca de mí en el momento en que me sentí levantada, por decirlo así, por la mirada de aquel hombre, se habrá agarrado á mí para aprovecharse del socorro que me daban, como un náufrago se agarra á la cintura del nadador.

— ¡Oh! exclamó Gilberto con un sombrío desprecio hacia aquel pensamiento de Andrea. ¡Oh! ¡qué innoble interpretación de mi afectuoso sacrificio! ¡Cómo nos juzgan á los hijos del pueblo esos nobles! ¡Oh! razón tiene el señor Rousseau. Nosotros valemos más que ellos; nuestro corazón es más puro, y nuestro brazo más fuerte.

Y como hiciese un movimiento para no perder la conversación de Andrea y de su hermano, pues se había separado un momento por ese aparte, oyó un ruido detrás de sí.

— ¡Dios mío! murmuró, ¿alguien entra en la antecámara!

Y Gilberto, oyendo acercarse los pasos por el pasadizo, se metió en el gabinete de tocador cerrando la mampara.

— Y bien; ¿conque aun no está ahí esa loca de Nicole? dijo la voz del barón de Taverney al entrar en el cuarto de su hijo, rozando á Gilberto con los faldores de su casaca.

— Sin duda está en el jardín, respondió Andrea con una calma que probaba no tenía la menor sospe-

cha de la presencia de un tercero. Buenas noches, padre mío.

Felipe se levantó respetuosamente; el barón le hizo seña para que permaneciese quieto, y tomando un sillón, se sentó al lado de sus hijos.

— ¡Ah! hijos míos, dijo el barón: desde la calle Coq-Herón hasta Versalles hay un buen trecho, cuando en vez de ir allá en un buen coche de la corte, no tiene uno más que un patache tirado por un caballo; en fin, he visto á la señora Delfina.

— ¡Ah! exclamó Andrea, según eso ¿Hegáis de Versalles, padre mío?

— Sí, la princesa había tenido la bondad de mandar á llamarme así que supo el accidente ocurrido á mi familia.

— Andrea está mucho mejor, padre mío, dijo Felipe.

— Lo sé bien, y se lo he dicho á S. A. R., que ha tenido la bondad de prometerme que tan pronto como tu hermana se restableciese, la haría ir á su lado en el pequeño Trianón, que ella ha escogido decididamente para su residencia y que está haciendo arreglar á su gusto.

— ¡Yo! ¡yo en la corte! exclamó Andrea tímidamente.

— ¡No estarás en la corte, hija mía! La señora Delfina tiene gustos sedentarios; el mismo Delfín detesta el brillo y el bullicio; viviréis en familia en Trianón, sólo que, según el humor que conozco en S. A. la Delfina, esas pequeñas asambleas de familia podrían muy bien acabar por ser alguna cosa mejor que los Parla-mentos presididos por el rey ó los estados generales. La princesa tiene carácter, y el señor Delfín, á lo que dicen, es hombre profundo.

— ¡Oh! eso siempre será la corte, no te engañes, hermana mía, dijo Felipe tristemente.

— ¡ La corte ! decía para sí Gilberto con una rabia y una desesperación concentradas. ¡ La corte, es decir, una cumbre adonde yo no puedo llegar ! ¡ un abismo en que yo no puedo precipitarme ! ¡ Ya se acabó, Andrea ! ¡ Se ha perdido para mí ! ¡ se ha perdido !

— No tenemos, replicó Andrea á su padre, la fortuna que permite habitar en esa residencia, ni la educación que es necesaria al que la habita. Yo, pobre criatura, ¿ qué he de hacer en medio de esas damas tan brillantes, cuyo deslumbrante esplendor sólo he entrevisto una vez ; cuyo talento he juzgado tan fútil, pero tan brillante ? ¡ Ay, hermano mío ! somos muy oscuros para ir á vivir en medio de todo ese brillo.

El barón frunció el entrecejo.

— ¡ Aun tenemos esas majaderías ! dijo. En verdad que no comprendo el empeño que tiene siempre mi familia en rebajar todo lo que procede de mí ó me concierne. ¡ Oscuros ! Sin duda estáis loca, señorita, ¡ oscura ! ¡ Y quién brillará tanto como vos ? pregunto yo... ¡ La fortuna !... ¡ Pardiez ! bien se sabe lo que son las fortunas de la corte : el sol de la Corona las hace surgir, y el sol del cielo las hace reflorar ; esas son las grandes idas y venidas de la naturaleza. Cierto es que estoy arruinado ; pero me haré rico, y negocio concluido. ¿ No tiene ya el rey dinero que ofrecer á sus servidores ? ¡ Y creéis que me avergonzaré de que den el mando de un regimiento al hijo mayor de mi raza ; de una buena dote que den á mi hija ; de una posesión que me den á mí, ó de una buena asignación de rentas que yo me halle un día bajo mi servilleta en algún convite?... No, no... sólo los necios tienen preocupaciones. Yo no las tengo... ¡ Además, bienes míos son, y vuelvo á tomarlos ; así no andéis formándoos escrúpulos. Queda por debatir un solo punto, que es vuestra educación, de la que acabáis de hablarme.

Pero, señorita, acordaos que ninguna joven de la corte está educada como vos ; hay aun más, al lado de la educación de las jóvenes de la nobleza, tenéis la educación sólida de las hijas de los togados ó de los de Hacienda ; sois música, dibujáis paisajes con carneros y vacas, que Berghem no desdeñaría ; y la señora Delfina es apasionada de los carneros, de las vacas y de Berghem. Tenéis hermosura, y el rey no deja de notarlo. Tenéis amenidad en la conversación, y la desplegaréis con el conde de Artois ó con el de Provenza ; por consiguiente, no sólo seréis bien vista... sino adorada. Sí, sí, añadió el barón riendo y frotándose las manos de una manera tan extraña, que Felipe miró á su padre, no creyendo que aquella risa saliese de una boca humana. ¡ Adorada ! ¡ Eso es !

Andrea bajó los ojos, y Felipe, cogiéndole la mano :

— El señor barón tiene razón, dijo ; posees cuantas gracias ha dicho, Andrea ; nadie será más digna que tú de entrar en Versalles.

— ¡ Pero estaré separada de vosotros ! replicó Andrea.

— Nada de eso, nada de eso, interrumpió el barón ; Versalles es grande, querida mía.

— Sí, pero Trianón es pequeño, replicó Andrea, esquiva y poco dócil cuando se obstinaban con ella.

— Trianón será siempre grande para suministrar un cuarto al señor de Taverney ; á un hombre como yo nunca le falta en donde hospedarse, añadió con una modestia que quería decir : sabe siempre hospedarse.

Andrea, poco satisfecha de esa proximidad de su padre se volvió hacia Felipe.

— Hermana mía, dijo éste, sin duda no harás parte de lo que se llama la corte. En lugar de meterte en un convento en donde pagaría tu dote la señora Delfina, que se ha dignado distinguirte, te tendrá á su lado con

un empleo cualquiera. Hoy la etiqueta no es tan rigurosa como en tiempo de Luis XIV; hay fusión y divisibilidad en sus cargos. Podrás servir á la Delfina de lectora, de dama de compañía; dibujará contigo, te tendrá siempre cerca de sí; es posible que no se te vea nunca, pero no por eso dejarás de estar bajo su protección inmediata, y como tal inspirarás mucha envidia. He aquí lo que temes, ¿no es verdad?

— Sí, hermano mío.

— Acabáramos... dijo el barón; pero no nos aflijamos por tan poca cosa como uno ó dos envidiosos... Restablécete bien pronto, Andrea, y tendré el placer de conducirte yo mismo á Trianón, pues así me lo ha ordenado la señora Delfina.

— Está bien, iré á Trianón, padre mío.

— Á propósito, ¿te hallas con dinero, Felipe?

— Si lo necesitáis, señor, respondió Felipe, no tendré bastante que ofreceros, pero si me lo preguntáis para dármelo, al contrario, puedo deciros que aun me queda bastante.

— Es verdad, tú eres filósofo, dijo el barón entre dientes. Y tú, Andrea, ¿eres también filósofa, y no me pides nada, ó no tienes necesidad de alguna cosa?

— Temería molestaros, padre mío.

— ¡Oh! aquí no estamos en Taverney. El rey ha mandado entregarme quinientos luis... á cuenta, ha dicho S. M. Piensa en tus trajes, Andrea.

— Gracias, padre mío, respondió Andrea gozosa.

— ¡Hola, hola! he ahí los extremos... Hace un momento no quería nada, y ahora arruinaría á un emperador de la China.

Pero no importa, pide; los vestidos lindos te han de sentar bien, Andrea.

Y dicho esto, y después de dar á su hija un tierno beso, el barón abrió la puerta de un cuarto que sepa-

raba el suyo del de su hija, y desapareció diciendo:

— ¡Esa maldita Nicole no está aquí para alumbrarme!

— ¿Queréis que la llame, padre mío?

— No, tengo ahí á La Brie, que estará durmiendo sobre algún sillón. Buenas noches, hijos míos.

Felipe se había levantado también.

— Buenas noches también, hermano mío, dijo Andrea; estoy despedazada de cansancio. Esta es la primera vez que hablo tanto desde mi accidente. Buenas noches, querido Felipe.

Y alargó la mano á Felipe, quien estampó en ella un beso fraternal, pero uniendo á aquella fraternidad una especie de respeto que siempre había profesado á su hermana, y salió rozando en el pesadizo la mampara detrás de la cual estaba Gilberto.

— ¿Quieres que llame á Nicole? dijo á su vez al marchar.

— No, no, respondió Andrea, me desnudaré sola: adiós Felipe.